

NOTICIAS DE SU VIDA

Juan de Kety (o Juan Cancio) nació en 1390 de Ana y Estanislaio Vacenga en Kety, en las cercanías de Oswiecim (Auschwitz), en una región de la Alta Silesia perteneciente entonces a la corona de Bohemia, pero que se haría polaca en el s. XV. En 1413 los padres, ricos propietarios de tierras, lo enviaron a estudiar a la universidad de Cracovia, fundada sólo algunos decenios antes por el rey de Polonia Casimiro III, pero ya encaminada a convertirse en prestigioso centro de la cultura polaca. Habiéndose doctorado en filosofía y recibido las órdenes menores, en los años 1421-1429 enseñó en Miechów. De regreso a Cracovia, tras doctorarse en teología, en 1439 fue nombrado canónigo de San Florián y párroco de Olkusz, pero ya al año siguiente dejó el ministerio pastoral para establecerse definitivamente en Cracovia, en cuya universidad enseñó hasta su muerte el 24 de diciembre de 1473, interrumpiendo su actividad académica sólo para hacer algunas peregrinaciones devotas, una vez a Jerusalén y cuatro veces, a pie, a Roma. Se le atribuyen algunos comentarios a la *Summa* de santo Tomás de Aquino y a la Sagrada Escritura. Vivió en el período de difusión del movimiento de Jan Hus y de la oposición silesiana a la Bohemia husita. Juan fue también un controversista al que muchos acudían.



Se distinguió, sobre todo durante el período de Cracovia, por su extraordinaria piedad hacia los pobres, a los que daba cuanto poseía, privándose incluso de lo necesario e induciendo con su ejemplo también a los demás miembros de la universidad a dar con generosidad. Gracias a su acción fueron creadas estructuras de asistencia a los pobres y necesitados. Sobre su amor al prójimo floreció un gran número de anécdotas y leyendas, que exaltaban su capacidad de coparticipación, con alusiones a frecuentes intervenciones de lo sobrenatural.

Muerto con fama de santidad, fue sepultado en la iglesia de Santa Ana de Cracovia. Su culto comenzó inmediatamente después de la muerte, y su tumba, sobre la que se produjeron numerosos eventos extraordinarios, pronto se convirtió en meta ininterrumpida de peregrinaciones no sólo de las tierras polacas, sino también de Hungría, Rutenia y Prusia. Su intensificación entre los ss. XVII Y XVIII hizo necesaria la construcción de un templo de mayores dimensiones. Un catálogo de los milagros de Juan fue redactado en Cracovia por Matías de Miechów entre 1475 y 1519. En el s.XVII Adam Opatowsky (Opatovius), párroco de Santa Ana, compuso una *Vita* de Juan, a la cual unió, actualizándolo, el catálogo de Miechów. Juan de Kety fue beatificado por Inocencio XI en 1690 y, acogiendo las solicitudes de la universidad de Cracovia, proclamado santo el 2 de febrero de 1767 por Clemente XIII. Su fiesta se celebra el 23 de diciembre.

(Texto de D. Tuniz)

Elogio del Papa Clemente XIII

Nadie duda que san Juan de Kety debe ser contado entre aquellos excelentes varones que fueron eximios por su santidad y doctrina, porque practicaban lo que enseñaban, y por la defensa de la fe ortodoxa, impugnada por los herejes. Mientras en las regiones vecinas pululaban las herejías y los cismas, el bienaventurado Juan enseñaba en la universidad de Cracovia la doctrina tomada de su más pura fuente, y confirmaba la más auténtica doctrina moral, que con mucho empeño explicaba al pueblo en sus sermones, con la humildad, castidad, misericordia, penitencia y todas las otras virtudes propias de un santo sacerdote y de un celoso ministro.

Así, pues, constituye no sólo una honra y gloria para los profesores de aquella universidad, sino que dejó un ejemplo maravilloso, que producirá abundantes frutos, para todos aquellos que se dedican a este ministerio, es decir, para que no cesen en su empeño de conseguir ser unos doctores perfectos, y para que se esfuercen en enseñar, con las palabras y con las obras, la ciencia de Dios, junto con las restantes disciplinas, para alabanza y gloria de Dios. A la piedad con que se ocupaba de las cosas de Dios, se añadía su humildad, y, aunque aventajaba a todos en ciencia, se anonadaba a sí mismo y no se anteponía a nadie; más aún, deseaba ser despreciado y pospuesto por todos; y llegaba tan lejos que trataba con la misma equidad a los que lo despreciaban y denigraban.

A su humildad acompañaba una extraordinaria sencillez, propia de un niño, y por esto en sus hechos y dichos no había ni ambigüedad ni fingimiento; lo que tenía en el corazón lo proclamaba con sus labios. Si sospechaba que casualmente, al decir la verdad, había ofendido a alguien, antes de acercarse a celebrar, pedía perdón no tanto por su error como por el ajeno. Durante el día, una vez cumplido su deber de enseñar, se dirigía directamente a la iglesia, donde, por largo tiempo, se dedicaba a la oración y a la contemplación ante Cristo, escondido en la Eucaristía. Dios era el mismo en su corazón y en sus labios. (del *Oficio de Lectura. De las cartas de Papa*)